



GUÍA DO PEREGRINO. 4

Reflexións para vivir o
Ano Xubilar da Franqueira

La Virgen María, modelo de las familias cristianas

+ Manuel Sánchez Monge,

Obispo de Mondoñedo-Ferrol

Es mucho lo que habría que decir sobre la Virgen María como modelo de las familias cristianas. Nos vamos a centrar en un pasaje del evangelio. María asiste a una boda en Caná de Galilea o lo que es lo mismo María asiste al nacimiento de una familia. ¿Cuáles son sus actitudes? ¿Qué tipo de comportamientos adopta? ¿Pueden ser referencia para las familias cristianas?

1. “No tienen vino” (Jn 2,3)

María en primer lugar da a entender a Jesús una situación que reclama su intervención: ‘No tienen vino’ (Jn 2,3). Parece que se trata simplemente de un ejemplo de intercesión. Pero podemos intentar profundizar un poco para aprender de María la manera cristiana de orar.

María propiamente no hace una petición a Jesús, simplemente le muestra una situación: “No tienen vino”. Los nuevos esposos se encuentran en dificultades y María simplemente se lo comunica a Jesús. No le pide que realice un milagro. Simplemente le informa y le deja decidir lo que conviene hacer.

Así pues, de la Madre de Jesús las familias cristianas pueden aprender dos cosas: por una parte, su afectuosa solicitud por los hombres, la atención maternal que lleva a percibir los problemas de los demás. Vemos su bondad de corazón y su disposición para ayudar. Esta es la madre a la que tantas generaciones han confiado y confían espontáneamente sus preocupaciones, sus necesidades, sus dificultades. Pero además pueden aprender que, como María, han de dejarlo todo en manos de Dios. En la oración no debemos querer imponer a Dios nuestra voluntad y nuestros deseos, por muy importantes y razonables que nos parezcan. Se los presentamos a El y dejamos que El decida lo que quiera hacer. De María aprendemos la bondad y la disposición a ayudar, pero también la humildad y la generosidad para aceptar la voluntad de Dios confiando en El, convencidos de que su respuesta será lo mejor para nosotros.



2. “Todavía no ha llegado mi hora” (Jn 2,4)

Jesús nunca actúa solamente por sí mismo; nunca actúa para agradar a los demás. Actúa siempre partiendo del Padre, y esto es precisamente lo que lo une a María. Jesús y María están para hacer la voluntad de Dios Padre. La hora de Jesús –que también es la hora de María- llegará en el momento de la cruz. Algo de esto intuye María cuando después de una respuesta a primera vista negativa por parte de Jesús –¿qué tengo que ver contigo, mujer?-, ella dice sorprendentemente a los servidores con sencillez: ‘Haced lo que El os diga’. María recuerda a las familias cristianas que su tarea primordial es cumplir siempre y en todo lugar la voluntad de Dios. No podemos quedarnos en promesas, en buenas palabras: hay que hacer la voluntad de Dios. Siempre. En los buenos y en los malos momentos. Y siempre convencidos de que la voluntad de Dios, aunque nos resulte a veces incomprensible, es lo mejor para nosotros. Nunca seremos tan felices como cuando hagamos la voluntad de Dios en todo momento.

3. “Haced lo que El os diga”

María remite a Jesús. No quiere que nos quedemos en ella, porque ella es camino que conduce a su Hijo y, por El, al Padre. Su consigna es siempre la misma: ‘Haced lo que El os diga’.

Cuando Jesús, con la ayuda de María, descubre que la voluntad de su Padre es que intervenga en esta ocasión, actúa. Pero no hace un prodigio, no juega con su poder, sino que realiza un signo, con el que anuncia su hora: la hora de las bodas, la hora de la nueva alianza entre Dios y el hombre. El no se limita a ‘producir’ vino, sino que transforma las bodas humanas en una imagen de las bodas divinas, a las que el Padre invita mediante el Hijo y en las que da la plenitud del bien, representada por la abundancia del vino. Las bodas se convierten en imagen del momento en que Jesús lleva su amor hasta el extremo, permite que le desgarren el cuerpo, y así se entrega a nosotros para siempre. Se hace uno de nosotros: se consuman las bodas entre Dios y el hombre. El sacramento del matrimonio sobre el que se asientan las familias cristianas es un signo permanente entre los hombres de la unión de amor de Dios con su pueblo. A lo largo de toda la vida matrimonial, los esposos han de amarse y amar a los demás con un amor entrañable, servicial, fiel, etc..., con el amor de Dios que permanece en ellos.

Terminemos suplicando: “Santa Madre de Dios, ruega por las familias cristianas como rogaste en Caná por aquellos esposos. Guíanos siempre hacia Jesús. Ayúdanos a cumplir en todo y siempre su voluntad. Amén



+ Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Mondoñedo-Ferrol.